



# EL NIÑO Y LA ANGUSTIA

---

Mesa Redonda del V EFCSM 2010

**Luis Jorge**

© 2010. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

Citación de procedencia.

Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.

Exclusión de todo fin de lucro.

## I- INFANCIA Y OLVIDO DEL SER

**“Lo más precioso está defendido por sí mismo”**

**Hans Urs von Balthasar: El Cristiano y la Angustia**

Para poder pensar la relación existente entre la angustia y el niño creo yo que es bueno partir del *Dasein*<sup>1</sup> heideggeriano a la luz de la relectura de él que hace Gustav Siewerth<sup>2</sup>, para quien la pregunta por el origen, por el ser, se halla en íntima conexión con la pregunta por la esencia de la infancia. Siewerth señala que quien olvida el ser ha perdido el origen, y quien no comprende la naturaleza de la infancia no puede terminar de captar la positividad absoluta de este origen, y su connaturalidad con el reino del amor.

Si en Heidegger el *ser-ahí* se encuentra arrojado a la existencia y expuesto a la muerte, lo que significa el presupuesto para su angustia propia, en Siewerth, gracias a la luz de la infancia, el ser acogido del niño en su nacimiento por la ternura de la madre, y el ser puesto al abrigo gracias a la solicitud atenta del cuidado de los padres —que adquiere su ejemplaridad en la realidad de la “casa”— es la clave para clarificar metafísicamente la pregunta por el ser.

Así el olvido del ser se hace patente en el olvido de la infancia en casi todos los sistemas filosóficos, aún en los contemporáneos. Ya Balthasar había señalado que la “*relación de los padres respecto al hijo se dejó a un lado cada vez más fácilmente*”, ya que no reflexionaron sobre ella “*ni los viriles griegos —su **paideia** comenzaba cuando los muchachos eran liberados de las manos de madres y nodrizas—, ni los virginales teólogos monacales cristianos, para quienes el matrimonio quizás sólo era después de todo un fenómeno post-paradisíaco—, y en cualquier caso un valor subordinado a la virginidad; y tampoco reflexionó sobre ella la filosofía moderna, tanto racionalista-idealista como empirista<sup>3</sup>...*”

El mundo del origen, la realidad de la infancia, el ser filial, se transforman en la contraseña que permite la entrada al reino del ser y al misterio de su manifestación trascendental. Sobre todo el amor y la confianza que alumbran de par en par este reino primigenio. Al respecto nos dice Thierry Avale: “*Todo lo que el hombre maduro, el pensador y el metafísico, podrá teorizar más tarde en términos de sustancia, de ser, de analogía, de vías hacia Dios, encuentra en la experiencia ontológica del niño su raíz y su regla. Las malas metafísicas, las abstractas por ejemplo, son aquellas que no están reguladas por el mundo metafísico del niño, en el cual el ser se halla lo más claro y abiertamente manifiesto. Siewerth muestra esto a través de una auténtica analítica existencial de la infancia, de su reino ontológico de amor y confianza<sup>4</sup>.*”

<sup>1</sup> **Dasein** es un término que en alemán combina las palabras "ser" (*sein*) y "ahí" (*da*), significando "existencia", y para Martin Heidegger indica el modo de existir propio del ser humano. El sentido literal de la palabra "Da-Sein" es *ser ahí*. Más bien sería *estar haciendo algo ahí*. Existencia, *Dasein*, ser en el mundo, son sinónimos. Los tres conceptos indican el hecho de que el hombre está “situado” de manera dinámica, es decir, en el modo del poder ser.

<sup>2</sup> Siewerth, G., “Aux Sources Del’Amour. Métaphysique de L’enfance”, Parole et Silence, 2001.

<sup>3</sup> Baltasar, H. U., “Teológica 2. Verdad de Dios”, Encuentro, 1997, p. 60-61.

<sup>4</sup> Avale, T.; En “Aux Sources Del’Amour. Métaphysique de L’enfance”: “*Notre Ancetre, Un Enfant*”, Consideraciones preliminares a Metafísica de la Infancia, p. 11.

Adentrémonos en este reino, y echemos una breve mirada a su comienzo, y al sentido de su desarrollo, para poder captar luego el lugar que la angustia y el mal adquieren propiamente en todo este universo.

## II- EL SER-AHÍ A LA LUZ DE LA INFANCIA

**“El amor se ofrece a sí mismo en una confianza ingenua, mejor dicho, entregándose en una ciega credulidad, que cree infantil y despreocupadamente en todo prodigio que realizará la gracia de Dios para salvar el mundo.”**

**Hans Urs von Balthasar: El Cristiano y la Angustia**

El amor se sobrepasa siempre, y así la alianza de corazones de los esposos se abre a la novedad de la vida en el misterio de la fecundidad. Su fruto es el niño, que aparece siempre como sorpresa encantadora, como maravilla renovada, como don que corona y renueva el amor de los padres, a la vez que los entrega a la misión y a la tarea original de “cuidar” al niño.

Esta alianza de corazones de los esposos permite la generación y está fundada en un acto de renuncia: los esposos sacrifican su naturaleza en el espacio del ser-ahí, y renuncian a ellos mismos, lo que los hace crecer. De aquí en más ellos deben mantener la vida en este fundamento, ocultarse mutuamente en él, avanzando hacia él, velando.

El niño despierta como uno que recibe y espera. Él ha sido **acogido** triplemente: en su propia naturaleza, lo que lo hace co-afirmar su existencia en libertad; en el seno de su madre, espacio protector, que se ampliará hasta la realidad de la casa paterna; y en los fundamentos celestes implícitos en todo acto de generación y de amor, esto es en lo santo, que se haya presente en el acto de concebir.

La infancia se devela entonces, en su verdad primera y universal, como **filiación**. Ser-ahí es **ser hijo** de triple manera: hijo de la tierra (naturaleza), hijo del hombre (madre-padre), e hijo de Dios (lo santo). El niño es, según toda consideración, don y concepción (recepción activa). Él es acogido en su propia naturaleza, que deja llegar a sí, en la cual madura inconscientemente. Él es el que es por otro lado acogido en el seno de su madre, en la espera humilde del padre, en el acto de engendramiento y unión de los corazones de los padres, en el reino oscuro de la herencia de la naturaleza humana como en la concepción a partir de los fundamentos creadores.

Al interior del amor reina una claridad que tiene raíces y prospera, llamando a dejar crecer y ejerciendo una dominación humilde. La paternidad se define como apertura por refracción de toda la naturaleza hacia la libertad de una misión en la vida. La madre aparece entonces como fuerza original del ser-ahí. Y el acto esencial del ser-ahí – el cuidado de la casa y del niño- se convierte (junto al cultivo del campo y a la construcción del templo) en el evento fundamental de la cultura que caracteriza su esencia.

Este cuidado de la casa y del niño es una lucha contra la muerte y contra el caos lleno de desconcierto, y es la realidad evidente y original sin cesar olvidada. Podemos entonces definir al hombre como el constructor de una casa, de un techo que protege, de un cuarto que pone al abrigo, como el anfitrión que alimenta, todo en unidad y calma, en la paz de la morada.

Como resultado de lo dicho, las inclinaciones humanas no están obligadas por la naturaleza ni orientadas por los instintos, sino que son un evento espiritual y humano que, fundándose en la propia historia, tomó la forma de dirección de una vida vivida de manera moral y creyente y que, en conciencia, está sometido a una conducta hecha de libertad y a un llamado proveniente de las profundidades del ser y del ser-ahí.

La situación de espera de la madre, consecuentemente, es preparar la casa: su recogimiento, su orden, su claridad, su espacio y calma, son un regalo del amor procreador al futuro de su concepción, sin el cual el niño estaría puesto en un estado de corrupción.

El niño, completo e indigente a la vez, debe **recibirse** primero a través del amor que reina siendo procreador. Es una persona metafísica, y persona de derecho en la vida, y esto desde su concepción en el seno de su madre. El recién nacido, que crecía hasta allí en la recepción activa hacia la unidad de un corazón que siente, tiene también que recibirse espiritualmente y físicamente a sí mismo. Así podrá despertar a su filiación. Él debe hacer experiencia de su propia vida, recibirse a sí mismo haciendo **memoria** para ser amo de sí en el recuerdo como también en el fondo de su propia vida. No llega a esto sino es en el **corazón** que siente, de tal modo que él se tiende a partir de este centro vital, con todo lo que posee como potencias movedoras, si se encuentra golpeado o atraído por una excitación.

Los sentidos son especialmente desplegados en la extensión corporal de los órganos. En esta apertura espacial, ya están comprometidos en la gerencia del mundo hacia el cual son raptados y a partir del cual han comenzado a ejercer su acto de percepción. Lo que perciben así los sentidos de más original, en su trascendencia esencial, es un acto de amor que pone al abrigo y que abriga.

A esto lo denomina Siewerth extensión “intencional”: el ser-ahí humano no está en su casa a partir de sus raíces sino que está desprendido (alienado), de tal manera que él no alcanza su sí sino es trascendiéndolo. El calor, por ejemplo, para el niño, no es sólo dispensario de vida, sino también de ternura; el calor es la alianza con el amor. Los sentidos son pues, al menos en el comienzo de la vida, como antes en el paraíso, las fuerzas conceptoras (receptoras) del amor.

El niño es en el origen una llama bienaventurada de amor, a partir de la cual él comprende su vida. Es solamente cuando el amor le es negado que los contenidos de los sentidos se vuelven para él preciosos e importantes, porque los experimenta de manera aislada y el corazón debe contentarse con ellos.

He aquí el **fundamento metafísico** a partir del cual se puede reconocer que el hombre engendra al hombre tanto en su vida espiritual como en su vida psíquica: **el niño es en su esencia una respuesta del corazón al llamado del amor**<sup>5</sup>. El amor penetra profundamente hasta lo más

---

<sup>5</sup> En el mismo sentido Balthasar, denomina **Identidad Originaria** a este fundamento metafísico: “Entre la madre y el niño que ella lleva en su seno existe una “identidad originaria”, una unidad en modo alguno meramente “natural”, “fisiológica” o “inconsciente”, porque el niño ya es él mismo, ya es otro respecto a ella, pues él se origina tanto de ella como del semen masculino...” “Y esa unidad amorosa se conserva también cuando el rostro de la madre mira sonriendo al niño a una cierta distancia: aquí surge el milagro maravilloso que el niño, un día, reconoce en el rostro de la madre su amor protector materno y le responde con una sonrisa primera y primordial. Frente a esta perfecta inmediata intuición que aquí reina –anterior a cualquier juicio y conclusión discursiva- vale sólo el asombro ante lo maravilloso: el

profundo del alma y provee a los niños de su fuerza y de su profundidad. El corazón del niño es una vasta morada abierta por sus ventanas al reino del amor materno y paterno, que de un lado a otro lo ilumina, lo calienta y lo habita.

Así la estructura fundamental del ser-ahí llena tranquilamente los fundamentos de la vida, pues el ser consciente (el ser-en-medio-de-sí) que reina en el acto vital del amor, es vivido como un ser-armonizado al descanso.

Es bajo esta luz, y fundamentados en este presupuesto, que podemos preguntarnos por la relación existente entre la angustia y el niño, y es aquí donde podemos alentar algún tipo de respuesta más clara y abarcadora. Porque es sólo a partir del reino del amor, y de su soberanía, que el niño comprende los abismos del mal, y que es sorprendido por la existencia de la angustia, pero sólo para confirmar y profundizar la experiencia del abrigo salvador y redentor del amor.

### III- LA ANGUSTIA Y SU RELACIÓN CON EL MAL

**“El prodigio de la confianza cristiana en Dios y en la Redención en la Cruz es algo tan delicado, tan exclusivamente comprensible y creíble contando con el Cielo, que sólo necesita un soplo para que se empañe ese puro espejo con la turbación de la angustia. La confianza y la esperanza son de tal modo lo inverosímil, que la angustia que brota de ellas, precisamente al tomarse en serio por Dios, casi parece lo contrario, lo verosímil, lo normal.”**

**Hans Urs von Balthasar: El Cristiano y la Angustia**

¿Cómo experimenta y reconoce el niño el mal?, ¿cómo nace en él la experiencia de la angustia ligada a lo extraño y a lo no familiar?

A priori podría parecer que el camino que permite una respuesta a estas preguntas se halla obturado por la inocencia del niño. Sin embargo, bien entendido, hay que responder desde la realidad positiva del ser niño-hijo, en su acto vital como Dasein, por cuanto se despliega a partir de sus fundamentos en el reino del amor una **“misteriosa inteligencia”** del mal, y del acto malo.

Siewerth parte afirmando que no sólo el niño bueno tiene por imposible una cantidad de posibilidades vitales con respecto al mal, sino que la esencia misma de la una acción mala le es vedada. Por tanto es verdad que la inocencia del niño debe quedar salvaguardada como algo esencial, ejemplar, sagrado. Y esto porque el niño toma el bien como algo evidente, y vive en el reino del amor una inclinación original hacia el bien<sup>6</sup> ejemplarmente representado en la solicitud amorosa de los padres.

---

*amor como lo originario por excelencia, es comprendido e iluminado y por eso en el niño se abre el capullo adormecido latente de la autoconciencia. El amor entre yo y tú deviene la apertura manifiestativa del mundo y, más profundamente, del ser en general en su ilimitación y plenitud absolutas”. “Si no os hacéis como este niño”, San Juan, 2006, p. 20 y 23.*

<sup>6</sup> Siewerth habla de una “voluntad empática hacia el bien”.

Existe, sin embargo, en la solicitud protectora de los padres una auténtica paradoja para el despertar de la conciencia filial. Al operar como abrigo y protección genera una “disimulación que desenmascara” el abismo mortal de la vida, que se devela al infante, y la angustia lo hace pasar a la confianza que confía verdaderamente en la solicitud, de la misma manera que se encuentra desde temprano frente a un antagonismo profundamente misterioso entre la más alta realidad del amor de los padres, y su solicitud profunda e inquieta.

Ésta solicitud no reside sólo en la lucha contra la muerte, sino también en la lucha contra el mundo, antagonismo al cual el hombre escapa habitando la casa. Allí, desde su más tierna infancia, el niño se enfrenta a la angustia y a la seriedad de los padres, y experimenta lo que es “hostil” como siendo impotente con respecto a este reino soberano y protector. A esta hostilidad que aparece como lo acrimonioso, lo no familiar, lo extraño y amenazante, Siewerth la denomina “tensión colérica del mundo”. Descubrir esta “tensión colérica” es hacer la experiencia original del mal.

Y una vez que aparece, se queda rondando alrededor de la casa de la infancia. Una vez que marcó el rostro o las palabras de los padres, entonces todo lo que el ser-ahí tiene de sombrío, de amenazante, de extraño y de inquietante, es develado. Esta tensión colérica ruga en las tormentas de verano, en los ruidos de las tempestades nocturnas, en la imponderable y repentina cólera del hombre, en la rabia, la crueldad y el salvajismo de los animales; ella expande su locura en la proliferación de las plantas venenosas cuyo funesto actuar engendra epidemias, guerras y catástrofes naturales. Cuanto menos capaz se sienta el niño de limitar estas fuerzas y desvalorizarlas, más profunda será la experiencia que él hará del carácter protector del hogar y del espacio próximo al que puede llamar su casa, y que constituye un abrigo defensivo. El reino de los padres se manifiesta allí con un poder que los expulsa, y sus consejos llenos de solicitud como la salvación.

Este desarrollo del ser-ahí, que se esfuerza en defender de la muerte y de la tensión colérica, y que permanece allí en la seriedad del trabajo tanto como del combate, introduce la mirada ejemplar del corazón del niño en una **comprensión en acto**. En este acto de comprensión, la leyenda –y más aún en los primeros tiempos, el cuento- permitirá una interpretación que pueda explicar la profundidad presentida de la vida.

Si al desenmascarar el mal olvida, o deja demasiado de lado, la disimulación protectora para el niño, esto irá en detrimento de la *auctoritas* parental, que da seguridad al niño, dejándolo sumido en la angustia; si, por el contrario, disimula de tal modo que no permite algún tipo de desenmascaramiento de la tensión colérica, se produce una velación que desdramatiza la vida. Estas dos actitudes debilitan o falsifican el ser-ahí del niño, y no existe otra solución para los padres que la de manifestar lo antes posible su confianza, su fe, y con ello su propia filiación a un Padre que reina en los cielos. De este modo aseguran el bien en la bondad más alta, inaccesible a toda tensión colérica, y hacen aparecer su propio reino y el ordenamiento paternal como servicio de obediencia ligada al deber y enraizada en el fundamento último del ser.

Cuando esto ocurre, el orden más elevado del ser se refleja en el orden inmediatamente vivido del bien, en el entretejido de las disposiciones domésticas, y el niño crece en la verdad de su conciencia por la fuerza contemplativa idealizante de su amor.

Y cierra Siewerth estas ideas con esta magnífica frase: “Es por ello que puede decirse que la señora solicitud<sup>7</sup>, tan piadosa y escrupulosa, que tan pronto hace entrar al niño confiado y aprobador en la seriedad que le es propia, tiene siempre niños buenos, y moralmente iluminados.”

## CONCLUSIONES

Lo que es esencial en toda esta consideración es que el niño reconoce el mal a partir del bien. Cuanto más reine el bien y más esté el niño atento al amor, tanto más va a comprender con seguridad el mal como una debilidad o una herida del amor. Y muchas veces la conciencia infantil va verdaderamente más allá, y llega hasta barruntar el “*mysterium iniquitatis*”, es decir el misterio del mal moral y religioso. Allí la escala del amor adquiere una medida más segura.

Los niños habitados por este soplo y esta mirada tienen la fuerza del juicio más acertada. Ellos perciben todo matiz inconveniente, sienten toda injusticia y se mantienen en un combate doloroso contra los compromisos, el escepticismo y la debilidad de los adultos en referencia a la “marcha concreta del mundo”.

Toda formación de la conciencia debe entonces transitar un camino que muestre a la ley como poder de protección, y a los actos concretos como hechos de una vida amorosa. Todas las virtudes, como la autenticidad, la templanza, la fidelidad, la confianza, la valentía, están enraizadas en la salvación del ser-ahí y sólo ellas lo preservan en su conjunto operando como clemencia y amor contra la ruina y la tensión colérica del mal.

Misteriosa inteligencia del mal, comprensión en acto, interpretación presentida en el cuento infantil, disimulación que desenmascara, y la develación de una angustia que confirma la soberanía de un amor que se vuelve *imago*, oculta y manifiesta a la vez, del Abba al que Jesús nos enseña a orar filialmente y con confianza infantil.

---

<sup>7</sup> Quizás el término “disponibilidad” nos permita adentrarnos un poco en el sentido de ésta palabra tan mentada por Siewerth. “Solicitud” equivale a disponibilidad para dar un sí redondo y total a la vida del hijo, para dejarlo ser, y para aceptar sin problemas y como por adelantado un combate -que durará toda la vida- al que hay entregarse para rescatar al niño de las aguas caudalosas de la tensión colérica del mundo.